

OPINION

Martes, 3 de febrero de 1987

Carta a don Emilio Orozco Díaz

Querido don Emilio:

Ha llamado usted a mi puerta un día antes del día que me dijo. Estaba yo solo en la casa y usted entró con su mujer, con el profesor Joaquín Bosque y la mujer de éste. Qué pronto dio usted con mi casa en un sitio tan difícil. Me quedé asombrado, pero qué alegría cuando lo abracé lleno de una sorpresa inolvidable. Llegó usted a Arcata, don Emilio, sólo para verme. Qué alegría tan grande. Como, por aquellos días, nos mudábamos de casa, usted, su mujer, Angel y yo nos fuimos a vivir a la otra que teníamos alquilada, ¿se acuerda usted? La casa alquilada estaba a orillas del Pacífico. Qué casilla tan humilde y tan bonita. Toda de madera, pero, por las ventanas, veíamos el mar: ese Pacífico con esas olas siempre inquietas y alarmantes. Por allí, en un pequeño restaurante, comíamos los seis. Estuvimos juntos creo que tres días. Fuimos a ver los árboles secuoias, ¿se acuerda usted? Qué árboles gigantescos. Vimos también casi toda la costa de aquella parte de California. Nos enamoraba todo: paisajes, casas solitarias, mar, cielo. La señora Raice nos invitó a cenar en honor de usted. Qué espléndida señora. Qué bien nos atendió. Pero, qué pena, don Emilio, ustedes cuatro tenían que regresar a San Francisco porque, antes que todas sus obligaciones, usted quería ver el Camino Real, los conventillos y huertos de aquel Camino que un día fundara fray Junípero Serra. No podíamos ni Angel ni yo dejarlos que se fueran solos los cuatro a visitar aquel Camino Real, con sus frailecicos, sus ganadicos, sus paisajes que nos parecían castellanos. Todo aquello nos parecía Castilla. Fue un viaje inolvidable. Hablábamos de Granada, de nuestro encuentro en la Universidad, del mediocre alumno que yo era... y de tantas cosas más. Pero llegó lo peor, don Emilio: tenían ustedes que coger el avión en el aeropuerto de San Francisco. Nos quedamos a dormir en el mismo colegio donde ustedes cuatro durmieron y, amaneciendo, salimos para el aeropuerto. Yo no podía dejarlo, don Emilio. Yo casi me moría sin usted. No sabía, ya cercano el momento de subir al avión, si abra-

OTRA

O Rzarlo o si llorar. Pero se fue el avión... Usted comprendió muy bien mi desolación y desamparo e hizo todo lo posible por traerme a España. Así fue. Mi venida se la debí a usted, como le debo tanto. Ea —como dicen en Granada—, no quiero llorar. Ya no sé llorar. ¡Volvamos a hacer el viaje por aquellas tierras! Sí, don Emilio: volvamos. Usted estará conmigo siempre, con su alumno mediocre, y volveremos a ver juntos aquellas orillas del Pacífico. Lo ha de ver usted. **José Martín Recuerda.** (Salamanca).



La habitación en la que se encontraba el p... del niño quedó totalmente calcinada.

Un niño de tres m... carbonizado en u... en La Zu

Un incendio provocó en la noche de ayer la muerte de un bebé colo...
ra s